



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 10 de septiembre de 1989

«*Cor Iesu, victima peccatorum*».

«*Corazón de Jesús, víctima de los pecadores*».

1. *Muy queridos hermanos y hermanas:*

Esta invocación de las letanías del Sagrado Corazón nos recuerda que Jesús, según la palabra del Apóstol Pablo, "fue entregado por nuestros pecados" (*Rm 4, 25*); pues, aunque Él no había cometido pecado, "Dios le hizo pecado por nosotros" (*2 Co 5, 21*). Sobre el Corazón de Cristo *gravó, enorme, el peso del pecado del mundo*.

En Él se cumplió de modo perfecto *la figura del "cordero pascual"*, víctima ofrecida a Dios para que en el signo de su sangre fuesen librados de la muerte los primogénitos de los hebreos (cf. *Ex 12, 21-27*). Por tanto, justamente Juan Bautista reconoció en Él al verdadero "cordero de Dios" (*Jn 1, 29*): cordero *inocente*, que había tomado sobre sí el pecado del mundo para sumergirlo en las aguas saludables del Jordán (cf. *Mt 3, 13-16* y paralelos); cordero *manso*, "al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda" (*Is 53, 7*), para que por su divino silencio quedase confundida la palabra soberbia de los hombres inicuos.

Jesús es víctima *voluntaria*, porque se ofreció "*libremente a su pasión*" (*Misal Romano, Plegaria eucarística II*), como víctima de expiación por los pecados de los hombres (cf. *Lv 1, 4; Hb 10, 5-10*) que consumió en el fuego de su amor.

2. Jesús es *víctima eterna*. Resucitado de la muerte y glorificado a la derecha del Padre, Él

conserva en su cuerpo inmortal las señales de las llagas de las manos y de los pies taladrados, del costado traspasado (cf. Jn 20, 27; Lc 24, 39-40) y los presenta al Padre en su incesante plegaria de intercesión a favor nuestro (cf. Hb 7, 25; Rm 8, 34).

La admirable *Secuencia* de la Misa de Pascua, recordando este dato de nuestra fe, exhorta:

"A la *víctima* pascual
 elevemos hoy el sacrificio de alabanza.
 El cordero ha redimido a su grey.
 El inocente nos ha reconciliado a nosotros pecadores con el Padre"
 (*Secuencia Victimae Paschali*, estrofa 1).

Y el prefacio de esa misma solemnidad proclama: Cristo es "el verdadero *cordero que quitó el pecado del mundo*, muriendo destruyó nuestra muerte, y resucitando restauró la vida".

3. Hermanos y hermanas: En esta hora de la plegaria mariana hemos contemplado el Corazón de Jesús víctima de nuestros pecados; pero antes que todos y más profundamente que todos lo contempló su Madre dolorosa, de la que la liturgia canta: "Por los *pecados del pueblo* Ella vio a Jesús en los tormentos del duro suplicio" (*Secuencia Stabat Mater*, estrofa 7).

En la proximidad de la memoria litúrgica de la Bienaventurada Virgen María Dolorosa, recordemos esta presencia intrépida e intercesora de la Virgen bajo la cruz del Calvario, y pensemos con inmensa gratitud que, en aquel momento, Cristo, que estaba para morir, víctima de los pecados del mundo, nos la confió como Madre: "Ahí tienes a tu Madre" (*Jn 19, 27*).

Confiemos a María nuestra plegaria, mientras decimos a su Hijo Jesús:

Corazón de Jesús,
 víctima de nuestros pecados,
 acoge nuestra alabanza,
 la gratitud perenne,
 el arrepentimiento sincero.
 Ten piedad de nosotros
 hoy y siempre. Amén.

Después del Ángelus

Amadísimos peregrinos y visitantes de lengua española:

Me es sumamente grato daros mi más cordial bienvenida a este encuentro de oración mariana con todos vosotros y con cuantos en la Plaza de San Pedro o a través de la radio y la televisión

se unen espiritualmente a la plegaria dominical a Nuestra Señora.

A todos encomiendo al cuidado materno de la Santísima Virgen e imparto con afecto la bendición apostólica, que extendo complacido a vuestros familiares y amigos en España y en los diversos países de América Latina.